

La buena batalla de la fe

Julio 2026



Huascar de la Cruz

Es casado y tiene cuatro hijos. Ha sido pastor en México por largo tiempo, y en la actualidad funge como el director del Ministerio Reforma.

CADA DIA, Volumen 26, Número 07, Julio 2026. Copyright © Ministerio Reforma. Toda Escritura es de la: Reina Valera 1960. Puede citarse parte de este librito devocional citando la fuente.

Tiraje: 5 mil

Texto: Huascar de la Cruz

Redacción editorial: Huascar de la Cruz

Dirección General: Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Editor: Huascar de la Cruz

Digramación: David Marín

portada: Daniel Ulín



Ministerio
Reforma



La buena batalla de la fe

Huascar de la Cruz

La Biblia habla de una batalla que todos enfrentamos, aunque no siempre la veamos. No es contra personas, sino en lo profundo del corazón: en lo que creemos, en quién confiamos y a quién obedecemos. Algunos la ignoran; otros se enfocan tanto en el enemigo que viven con temor. Pero la Escritura nos muestra que esta es la buena batalla de la fe: una lucha real, pero con propósito, en la que Dios mismo nos llama a permanecer firmes.

A lo largo de esta serie veremos cómo se libra esta batalla, cuáles son las armas que Dios ha provisto y cómo vivir con discernimiento y confianza. Porque no peleamos para obtener la victoria sino desde la victoria que Cristo ya ha asegurado. La pregunta no es si usted está en la batalla, sino: ¿cómo la está enfrentando? ¿en sus fuerzas o confiando en Aquel que ya ha vencido?





LA BATALLA QUE NO VEMOS

“Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo...”

Efesios 6:12

¿No te gustaría que ese versículo terminara después de las primeras cuatro palabras? Un mundo sin luchas, sin enemigos como muchos idealistas han soñado. Y si hubiera guerra, que fuera a distancia: detrás de una pantalla, sin pisar el campo de batalla.

Pero, en este mundo caído hay guerras que no se pueden evitar. Y hay una lucha en la que, si eres creyente, no puedes mantenerte al margen. El apóstol Pablo nos incluye en este conflicto: “No tenemos lucha contra sangre y carne”. Es decir, la batalla más profunda no es contra personas ni contra enemigos humanos. Detrás de los conflictos visibles hay una realidad que muchas veces pasa desapercibida: una lucha espiritual.

Algunos pueden pensar que esto suena a ciencia ficción, pero sus efectos reales están detrás de cada conflicto y de todo mal humano. Y tampoco debemos imaginar un universo dividido entre dos poderes iguales, como si Dios y el mal compitieran en las mismas condiciones. La Escritura es clara: Dios es soberano sobre toda la historia. Y como creyentes, participar en esta lucha significa estar del lado vencedor, siempre y cuando dependamos de su poder y usemos los recursos que Él nos ha dado. La pregunta es personal: ¿Estás consciente cada día de tu lugar en esta batalla? ¿Sabes quién es el verdadero enemigo y cuál es la armadura que necesitas para enfrentarlo?

Ora: *Ayúdanos Padre celestial, a pelear esta batalla. Que tu Espíritu nos llene y fortalezca para permanecer firmes en ti. En Cristo Jesús, Amén.*





CUANDO COMENZÓ LA BATALLA

“Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?”

Génesis 3:1

Cuando uno busca el origen del conflicto en la vida humana, puede sorprenderse de lo sencillo que la Biblia lo presenta. No comienza con ejércitos ni con luchas internas sino con algo mucho más sutil: una voz que siembra duda en el corazón humano.

En el huerto, Satanás —maestro del engaño— inicia su estrategia con una pregunta cuidadosamente formulada: “¿Conque Dios os ha dicho...?”. No es una afirmación abierta ni una negación directa. Es una insinuación. Una forma de sembrar sospecha. Su intención es clara: hacer que Dios parezca restrictivo, duro, incluso injusto; más un tirano que un Padre bueno. La respuesta de la mujer no es tan distinta a la nuestra. En lugar de aferrarse con firmeza a la palabra de Dios, la modifica, la suaviza y, finalmente, abre la puerta a cuestionarla.

Así comienza el desvío. Cada vez que adaptamos lo que Dios ha dicho para hacerlo más cómodo, más aceptable o más razonable a nuestros ojos, nos alejamos de la verdad. Sin darnos cuenta, comenzamos a escuchar más a la serpiente que a Dios. En lugar de alinearnos con el diseño de Dios para su creación, nos unimos al enemigo para redefinir la realidad a nuestro antojo. Y como vemos, el engaño casi siempre comienza con algo pequeño. Por eso, la verdadera victoria no está en resistir lo grande sino en permanecer fiel a la Palabra de Dios desde el principio.

Ora: *Perdónanos Señor, si hemos sido débiles y permitido que el enemigo nos ponga en tu contra. Limpia nuestras mentes y corazones para que podamos servirte y alabarte. En Jesús, Amén.*



LA PRIMERA PROMESA DE VICTORIA

“Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”.

Génesis 3:15

Hay batallas que nos sobrepasan. Conflictos que no podemos enfrentar con nuestras propias fuerzas. No se trata simplemente de un duelo desigual, como el de David y Goliat; es algo mucho más profundo. La Biblia llama a nuestro enemigo “la serpiente antigua”, y su poder, su astucia y su persistencia superan todo lo que el ser humano puede resistir por sí mismo.

Pero en medio de esa oscuridad, una luz se enciende desde el principio. Dios no guardó silencio ni permaneció distante en el momento decisivo de la caída. No se quedó de brazos cruzados al ver su creación quebrantada. Desde el huerto, Él mismo toma la iniciativa. Se coloca frente a la serpiente, la confronta, y declara algo que cambiaría la historia para siempre: habrá enemistad, habrá conflicto, pero también habrá victoria.

Y esa victoria no dependerá de nosotros. Vendrá de la “simiente de la mujer”. Vendrá de aquel que, aunque herido, aplastará la cabeza de la serpiente. Esa es la primera promesa del evangelio. La primera chispa de esperanza en un mundo caído. Por eso, nuestra fe no descansa en nuestras fuerzas, ni en nuestra capacidad para resistir, sino en la obra de Aquel que ya ha vencido. No somos nosotros los que derrotamos al enemigo, es el Mesías prometido quien lo hace por nosotros. Y en Él —solo en Él— somos más que vencedores.

Ora: *Gracias Señor Jesús, por venir a derrotar al mal. Ayúdanos a reconocer que solo en ti venceremos al enemigo y sus artimañas.
Amén.*



EL ENEMIGO QUE ACECHA

“Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”.

1 Pedro 5:8

¿Es usted de los que piensan que el diablo no es más que una forma de hablar del mal, del placer o de una vida sin límites? ¿O de aquellos que lo consideran una figura simbólica, un vestigio de creencias antiguas que ya no tienen lugar en el mundo moderno? Tenga cuidado, porque la Escritura no lo presenta así.

Sin caer en obsesiones ni especulaciones innecesarias, la Biblia habla de Satanás como un enemigo real. Un adversario con un propósito claro: destruir la fe y apartar al ser humano de Dios. Y lo más inquietante es esto: no está distante ni inactivo. Acecha con la paciencia de un león esperando el momento oportuno. Y al acechar no distingue entre jóvenes o ancianos, entre débiles o fuertes. Su mirada está puesta sobre aquellos que pertenecen a Cristo, buscando la ocasión para atacar.

Por eso, la Palabra nos llama a vivir sobrios y vigilantes. A no bajar la guardia. A no descuidar los medios que Dios ha provisto para sostenernos. Pero tenga cuidado: no imagine que la victoria depende de sus fuerzas y de su capacidad de alerta. No. Porque el mismo Dios que nos advierte también nos sostiene. Y aun en medio de la lucha, podemos vivir con confianza: no estamos indefensos, ni estamos solos. A Él sea la gloria, porque en su poder encontramos la firmeza para permanecer y la seguridad de que saldremos adelante.

Ora: Danos tu protección, buen Dios. No permitas que nuestras fuerzas mengüen y que nuestros ojos se aparten de ti. Que donde quiera que vayamos, estemos listos para rechazar al maligno. En Cristo Jesús, Amén.





EL PADRE DE LA MENTIRA

“Vosotros sois de vuestro padre el diablo... Él... no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él... porque es mentiroso, y padre de mentira”.

Juan 8:44

¿Puede imaginar a alguien que nunca haya dicho la verdad? Cuesta pensar en alguien que viva en un engaño constante, que nunca se desvíe de la mentira y, sin embargo, Jesús afirma que ese ser existe. Así describe al enemigo de nuestras almas.

El Señor no suaviza su carácter ni lo envuelve en misterio. Lo llama por su nombre: mentiroso y padre de mentira. No necesita disfrazarse demasiado, porque su arma más eficaz no es la fuerza; es el engaño. Y quizás se pregunta, ¿cómo es posible que, con una advertencia tan clara, aún haya tantos que le siguen? ¿Cómo puede haber quienes prefieran la mentira a la verdad?

La respuesta es preocupante. Porque el problema no está solo en el engañador sino en el corazón humano que está dispuesto a creerle. Jesús va aún más lejos: habla de personas que, aun creyendo que siguen a Dios, en realidad reflejan otro linaje. No lo dicen con sus labios, pero lo evidencian con su vida. Sus deseos, sus decisiones y su forma de vivir delatan a quién escuchan realmente. Por eso, reflexione: ¿Ama la verdad, aunque le confronte? ¿O prefiere la mentira cuando le resulta más cómoda? Cristo nos dice que no estamos condenados a vivir en el engaño. Él no solo desenmascara al padre de mentira; Él es la Verdad. Y solo en Él podemos ser libres. Solo en Él podemos salir de la oscuridad del engaño y caminar en la luz que da vida.

Ora: *Libranos Señor, del engaño y una vida de pecado. Ayúdanos a aceptar la verdad aunque resulte incómoda y a hacer el bien en todo momento. Amén.*



EL SUSURRO QUE DESVÍA EL ALMA

“Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo”.

2 Corintios 11:3

¡Qué astuto es Satanás! Muchos lo imaginan como algo aterrador, grotesco, fácil de identificar. Lo ubican en religiones falsas, en ambientes de exceso o en todo aquello que parece abiertamente contrario a Dios. Pero rara vez lo imaginan dentro de la iglesia.

Y, sin embargo, ese es su disfraz más peligroso. Porque no siempre se presenta como enemigo declarado; a veces se acerca como voz familiar. Como enseñanza atractiva. Como un mensaje que suena bien, pero que desvía el corazón. Su objetivo no es solo alejarnos de la fe, sino alejarnos del Cristo verdadero, del Cristo de las Escrituras. Y muchas veces lo logra a través de personas en quienes confiamos, y le damos la lealtad que solo le pertenece a Cristo.

Por eso Pablo escribe con preocupación pastoral. Los creyentes a quienes él se dirige conocieron el evangelio por medio de su predicación. Y ahora, están siendo asediados por otras voces que predicán a un Jesús distinto. Es una lucha por el corazón. Por eso, habla como un padre que teme que una hija sea engañada y pierda su fidelidad. Y la advertencia sigue siendo urgente hoy. ¿Cuál es entonces el remedio? No es la sospecha constante; es la fidelidad sincera. Conocer más a Cristo. Amarle más profundamente. Permanecer firmes en su Palabra. Porque solo quien conoce al verdadero Cristo, no será seducido por una imitación.

Ora: *Queremos conocerte, Señor, y vivir en tu verdad. Enséñanos a amarte con sinceridad y a seguir tus pasos para obrar con bien. en tu nombre oremos, Amén.*



CARA A CARA CON EL ENEMIGO

“Él respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”.

Mateo 4:4

A veces nos preguntamos por qué Dios permite algo tan desconcertante como la tentación. Pensamos que la vida sería más sencilla sin un enemigo que enfrentar, sin luchas internas, sin esa constante presión que pone a prueba nuestro corazón.

Pero Dios no evitó ese camino ni siquiera para su propio Hijo. Jesús fue llevado al desierto, en condiciones adversas, cara a cara con el enemigo. Allí fue tentado precisamente en lo más profundo de su identidad: ser el Hijo de Dios. “Si eres Hijo de Dios...” fue la insinuación. La misma estrategia de siempre: sembrar duda, distorsionar la verdad, empujar a la autosuficiencia. Y, sin embargo, Jesús no cedió. Respondió desde la Palabra. “Escrito está...” No negoció con la tentación, ni la suavizó. Se aferró a lo que Dios ya había dicho.

Esta es una lección importante: la tentación es real, pero también es vencible. Y la victoria no está en evitar el conflicto, sino en saber con qué lo enfrentamos. Porque el enemigo sigue usando la misma estrategia hoy: hacernos creer que necesitamos algo fuera de la voluntad de Dios para estar completos. Que hay atajos. Que hay alternativas mejores. Pero cada vez que creemos eso, repetimos el error del huerito. Por eso, la vida del creyente no se sostiene solo con lo que ve, ni con lo que siente, ni con lo que necesita en el momento. Se sostiene con la verdad de Dios.

Ora: *Gracias Jesús por mostrarnos tu poder al vencer la tentación. Danos el valor de pelear contra el enemigo y libranos de la tentación. Amén.*





EL MÁS FUERTE HA LLEGADO

“Porque ¿cómo puede alguno entrar en la casa del hombre fuerte, y saquear sus bienes, si primero no le ata?”.

Mateo 12:29

¿Se da hasta dónde puede llegar la hostilidad en contra de Jesús? Lo que sus enemigos estaban haciendo es difícil de imaginar. Atribuirle a Satanás su poder para expulsar demonios no solo es incoherente — como si el mal luchara contra sí mismo—, es una grave ofensa contra su santidad. Es negar que el poder que obra en Él proviene del Dios tres veces santo.

Pero en medio de esa acusación, Jesús revela una verdad mucho más profunda. Hay un “hombre fuerte”. Sí, el mal es real. Sí, el enemigo tiene influencia. Pero no es invencible. Cristo deja claro que nadie puede saquear la casa del hombre fuerte sin antes atarlo. Y eso es exactamente lo que Él ha venido a hacer. Su presencia no es casual... es una invasión. Es la señal de que alguien más fuerte ha entrado en escena.

El mal no es un poder igual al de Dios. No compite en el mismo nivel. Se mueve únicamente dentro de los límites que Dios le permite. Y ahora, en Cristo, ha llegado el momento de confrontarlo directamente. Cada vida rescatada, cada alma liberada, cada corazón transformado es evidencia de que el “hombre fuerte” está siendo atado. El reino de Dios ha irrumpido. Y lo más glorioso es esto: no solo observamos esa victoria; participamos de ella. En unión con Cristo, el más fuerte, somos parte de su triunfo. Porque donde Él reina, el enemigo retrocede.

Ora: *Reconocemos tu gran poder y soberanía, Señor Jesús. El mal no tiene poder más poder, porque has vencido. Enséñanos a vivir en esa verdad, Amén.*



DE LA CRUZ A UNA VIDA VICTORIOSA

“Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”.

Colosenses 2:15

Tal vez haya visto o leído acerca de los desfiles triunfales de la antigüedad. Reyes que regresaban victoriosos de la guerra, llevando consigo a sus enemigos derrotados: atados, humillados, sin poder alguno. Aquellos que antes habían causado temor y destrucción, ahora eran exhibidos públicamente como prueba de una victoria total.

Esa es la imagen que Pablo utiliza para describir lo que ocurrió en el mundo espiritual. Los principados y las potestades han sido vencidos. Su derrota no fue parcial, fue definitiva. Cristo triunfó sobre ellos en la cruz. El lugar que parecía derrota se convirtió en victoria. El momento que parecía el fin fue en realidad el cumplimiento del plan de Dios. Mientras el enemigo pensaba haber dado el golpe final, Dios estaba asegurando el triunfo eterno por medio del sacrificio de su Hijo. Allí, en la cruz, la victoria fue proclamada.

Y, entonces, ¿por qué, si la victoria ya ha sido lograda, vivimos como si aún estuviéramos derrotados? ¿Por qué tendemos a minimizar el poder de la cruz? ¿Por qué regresamos a viejas formas de lucha, a “rudimentos” que el mismo enemigo ha usado para engañarnos? Pablo nos advierte: cuidado. Cristo es suficiente. Su obra es completa. Su victoria es real. La vida cristiana no se vive intentando ganar una batalla sino caminando en la victoria que ya ha sido obtenida en la cruz.

Ora: *Enséñanos a vivir en tu victoria, oh Jesús. Que nuestra vida refleje que has vencido en la cruz y que somos nuevas criaturas en ti. Amén.*

LA MUERTE DERROTADA

“Así que..., él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo”.

Hebreos 2:14

¿Siente usted temor a la muerte? Es algo natural. No sabemos cuándo vendrá, ni cómo será. Pero ese temor, muchas veces, deja de ser solo una inquietud y se convierte en una cadena que esclaviza. Y hay alguien que la usa a su favor.

En medio del pecado y la culpa, el diablo ha levantado su dominio. No porque sea soberano sobre la muerte —esa autoridad le pertenece solo a Dios—, sino porque el pecado produce muerte, y la culpa mantiene al ser humano bajo condenación. Pero la historia no termina ahí. Cristo vino al mundo no solo para compartir nuestra vida sino para enfrentar lo que más tememos: la muerte. Nació para morir. Pero no como todos. Murió con intención.

Hebreos nos dice que se hizo semejante a nosotros para entrar en nuestro mundo, en nuestra condición, y llegar hasta el punto más oscuro de la experiencia humana. ¿Para qué? Para destruir al que tenía el imperio de la muerte. Cristo entra en el terreno del enemigo. Entra en la muerte misma. Y desde dentro la derrota. “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?”, pregunta triunfante el apóstol Pablo. Cristo ha roto las cadenas que el maligno usaba para oprimirnos. La guerra ha sido decidida. La victoria ha sido asegurada. Y ahora, en Él, ya no vivimos esclavizados por el temor, sino libres, y con un gozo que ni siquiera la muerte puede apagar.

Ora: *¡Gracias Señor, por la vida nueva que nos das! Nos gozamos en tu victoria. Llévanos a proclamar el evangelio y las buenas nuevas de salvación. Amén.*



EL HIJO DESTRUYE LAS OBRAS DEL DIABLO

“El que practica el pecado es del diablo. Precisamente para esto ha venido el Hijo de Dios: para deshacer lo hecho por el diablo”.

1 Juan 3:7-8

No ha leído mal. El pecado tiene un origen inequívoco. Puede culpar a sus padres, o atribuirlo a la sociedad. Puede invocar a los astros o apoyarse en explicaciones psicológicas, pero nada de eso resuelve el problema. “El que practica el pecado es del diablo”, dice el pasaje. Nuestro linaje espiritual, en esa condición, tiene un origen siniestro. No es algo casual o pasajero. No puede corregirse con mejor educación ni con condiciones externas favorables.

Pero, gracias a Dios, no estamos a la deriva. Si alguna vez la palabra “precisamente” ha sido usada con exactitud, es aquí: “Para esto ha venido el Hijo de Dios”. Jesús no vino en un tour intergaláctico a este planeta. Tampoco apareció con la idea de pasar un tiempo de asueto entre nosotros. Podemos imaginar una infinidad de motivos alternos para explicar que Dios se haya hecho hombre. Pero solo una de ellas basta para explicar su venida: “para deshacer lo hecho por el diablo”.

Él vino a revertir el desastre provocado por el gran adversario. Vino a romper el dominio del pecado. Vino a cambiar nuestra historia desde la raíz. Y esa es la gran noticia. Porque en Cristo, nuestro linaje cambia. Ya no estamos definidos por lo que éramos, sino por lo que Él ha hecho. Por medio del nuevo nacimiento, somos hechos hijos de Dios. Formamos parte de una nueva familia.

Ora: *Padre, gracias por enviar a tu Hijo al mundo, y permitirnos llegar a formar parte de tu familia. En el nombre de Jesús, amén.*



LA BATALLA DEL CREYENTE

“Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”.

Romanos 7:23

¿Le ha pasado? Sabe lo que es correcto, pero no siempre lo hace. Quiere agradar a Dios, pero algo dentro se resiste. Decide cambiar, y, sin embargo, vuelve a caer. Es una lucha silenciosa y algo cansada. Y a veces uno piensa: “¿Por qué sigo siendo así si amo a Dios?”.

Pablo también lo sintió. No habla como alguien lejos de Dios, aunque hay quienes piensan lo contrario. Él habla como alguien que pertenece a Dios. Un creyente que ama a Dios, pero que sigue en la lucha. Como un creyente que, aun con un corazón renovado, descubre que la batalla no ha terminado. Hay dentro de nosotros un deseo real de obedecer, pero también una fuerza que empuja en la dirección contraria. Y eso duele. No es solo que fallamos; es que no queremos fallar y aun así ocurre.

Por eso su clamor es de gran valor para quienes son conscientes de esa lucha: “¿Quién me libraré?”. Y la respuesta no es “esfuérzate más”, ni “inténtalo otra vez”. La respuesta es una persona: “Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro”. Ahí está la esperanza. Porque la vida cristiana no es la ausencia de lucha; es la presencia de Cristo en medio de la lucha. Sí, seguimos peleando. Sí, seguimos cayendo a veces. Pero ya no estamos solos. Cristo pelea por y con nosotros. Y lo más precioso: No hay condenación para los que están en Cristo Jesús. ¿No le anima esto a mantenerse en la lucha?

Ora: *Libranos, Jesús, de seguir haciendo el mal. Acompáñanos en nuestras luchas diarias y muéstranos el camino correcto. Amén.*

CARNE CONTRA ESPÍRITU

“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis”.

Gálatas 5:17

¿Te ha pasado que comienzas con buenas intenciones... pero no duran mucho? Decides cambiar y hacer mejor las cosas, pero al poco tiempo, algo dentro te empuja en la dirección contraria. Y entonces te preguntas: ¿por qué es tan difícil cambiar? La Biblia lo explica así: hay una lucha dentro de nosotros. No es solo falta de disciplina. No es solo cuestión de hábitos. Es algo más profundo. “Los deseos de la carne... contra el Espíritu”.

Dentro del creyente hay dos fuerzas en tensión. Una que busca agradar a Dios y otra que insiste en satisfacer deseos que nos alejan de Él. Por eso, cambiar no es tan sencillo como ajustar la agenda o hacer nuevos propósitos. El problema no está solo en lo que hacemos sino en lo que deseamos.

Y eso puede desanimar, pero también aclara el camino. Porque Dios no nos deja a la deriva. Nos ha dado su Espíritu. Y cuando vivimos guiados por Él, algo empieza a cambiar. No de un día para otro, pero sí de verdad. Nuestros deseos comienzan a transformarse. Nuestros pensamientos se alinean. Nuestra vida empieza a reflejar algo distinto. No es perfección inmediata; es una nueva dirección. Por eso, la vida cristiana no se trata de intentar más fuerte, sino de rendirse más profundamente. Y en esa entrega diaria, el Espíritu hace lo que nosotros no podemos: transformar desde dentro lo que por fuera nunca podríamos lograr.

Ora: *Queremos agradarte y obedecerte, Dios nuestro. Llena nuestras vidas con tu Espíritu y redirígenos a una vida de servicio y alabanza a ti. En Cristo Jesús, Amén.*



UN CORAZÓN DIVIDIDO

“¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?”.

Santiago 4:4

Hay batallas que se pierden antes de comenzar. No por falta de fuerza sino por falta de definición. No hemos resuelto dónde está nuestra lealtad última. Vacilamos entre dos pensamientos. Un corazón dividido nunca puede resistir. Y una condición así siempre tiene un costo.

Santiago usa una palabra fuerte: “almas adúlteras”. No es un lenguaje agradable. No es políticamente correcto. Pero pone el dedo en la llaga. Porque describe una realidad espiritual: hay algo ocupando el lugar que le pertenece solo a Dios. Sabemos lo que significa el adulterio. Es amar donde no se debe amar. Es dividir una lealtad que debería ser exclusiva. Y eso mismo puede ocurrir en nuestra relación con Dios. Queremos seguir a Cristo, pero también queremos aferrarnos a lo que el mundo ofrece. Queremos obedecer, pero sin soltar ciertos deseos, ciertas prácticas, ciertas prioridades. Queremos correr la carrera de la fe, pero cargando con pesos que nos estorban.

Y ahí es donde se pierde la batalla. No porque el enemigo sea más fuerte, sino porque el corazón no está completamente entregado. La amistad con el mundo no es algo neutral. Santiago lo dice claramente: es enemistad contra Dios. Por eso, antes de hablar de resistir al diablo, hay que definir a quién pertenece nuestro corazón. Porque solo un corazón rendido puede permanecer firme.

Ora: *Perdónanos Señor, si hemos pretendido vivir una vida cristiana y ser amigos del mundo al mismo tiempo. Queremos ser solo tuyos y seguirte a ti. Amén.*





RESISTID AL DIABLO

*“Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros”.
Santiago 4:7*

Muchos quisieran saber cómo vencer la tentación. Buscan métodos, técnicas, disciplina, fuerza de voluntad. Piensan que la batalla se gana resistiendo más fuerte, aguantando más tiempo, luchando con más intensidad. Hay muchos libros que prometen ayudar a alcanzar la victoria, como si la clave estuviera dentro de nosotros.

Pero la Biblia presenta otro orden. No comienza con un viaje al interior, sino con una entrega completa. “Someteos, pues, a Dios...”. Antes de resistir al diablo, hay algo que debe ocurrir primero: rendirse a Dios. Aquí no hay lugar para la autosuficiencia ni para el orgullo. Tampoco para quienes dejan un resquicio que el enemigo pueda aprovechar. Porque la verdadera lucha no comienza contra el enemigo; comienza en la relación con Dios. Un corazón sometido no es débil. Es un corazón alineado. Ubicado en el lugar correcto, bajo la autoridad de Dios.

Y cuando nos doblegamos ante Dios, entonces sí: “Resistid al diablo...”. No con esfuerzo aislado. No con determinación humana. Sino desde una vida que depende de Dios. Y entonces ocurre algo sorprendente: “Y huirá de vosotros”. El enemigo no retrocede porque nosotros somos fuertes... retrocede porque no puede permanecer donde Dios gobierna. Esa es la estrategia olvidada. No se trata de pelear mejor...sino de rendirse primero. Porque donde Dios reina... el enemigo no se queda.

Ora: *Padre, ayúdanos a resistir lo que el mundo nos ofrece y enséñanos a cómo permanecer fieles a ti. En Jesucristo, Amén.*





Huascar de la Cruz, director del Ministerio Reforma

Suscríbete a nuestro canal de YouTube y no te pierdas de todo el contenido que hemos creado para ti



**Ministerio
Reforma**

visita nuestra página web:
www.ministerioreforma.com





Haz lo que muchos han hecho alrededor del mundo, renovando su vida espiritual haciendo de CADA DÍA su devocional.

Los devocionales han sido una bendición. Esta mañana lo compartí con algunas madres de la iglesia y las motivé a compartirlo también.

Lidia Macías, California, Estados Unidos

Estas reflexiones son muy buenos y les agradezco las compartan. Dios les bendiga.

Silvia Carrera, Yucatán, México

Desde hace mucho tiempo he sido bendecido con la asistencia espiritual de ustedes como equipo, a través de sus meditaciones, y han sido de mucha ayuda para my familia y congregación

Adrian Padrón, Cuba,

¡Que linda palabra! Dios los bendiga y los guarde siempre. A todo el grupo de Reforma, muchas gracias. Un fuerte abrazo para todos.

Luz Henao, Cuba





Tú también puedes ser parte de nuestra comunidad, te esperamos en nuestras redes sociales.

facebook:



YouTube:



Instagram:



¡Nos encantaría saber de ti!

**Si tienes alguna duda o sugerencia
puedes escribirnos a:**

cadadia@ministerioreforma.com

**o enviarnos un mensaje a nuestra página
de facebook:**

Ministerio Reforma





LA FE QUE VENCE AL MUNDO

“Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?”

1 Juan 5:4

Hoy en día se habla mucho de la fe. No solo en los templos sino también en conferencias, libros y cursos. Se presenta como la clave para lograr lo que queremos; como si bastara creer con suficiente intensidad para que las cosas sucedan. A veces incluso se citan versículos bíblicos y se pone a Jesús como ejemplo como si Él mismo hubiera descubierto esa “llave” que abre los tesoros del universo. Y, sin darnos cuenta, podemos empezar a pensar igual.

Pero la Biblia nos lleva en otra dirección. Juan no habla de una fe en abstracto, ni de una fuerza que nace de nosotros mismos. Habla de una fe con un nombre, con un rostro: Jesús, el Hijo de Dios. Es él quien marca la diferencia. Porque no se trata de cuánto creemos, sino de en quién hemos puesto nuestra confianza. No se trata de desear con intensidad, sino de depender de Cristo. De reconocer que sin Él no podemos, pero con Él tenemos una vida nueva.

El mundo sigue ahí, con sus voces, sus promesas y sus presiones. A veces seduce. A veces intimida. A veces cansa. Pero no puede vencer a quien ha nacido de Dios y descansa en Cristo. La victoria no es para los más fuertes o los más audaces; es para los que creen en el Hijo. Y entonces la pregunta no es si usted tiene fe, sino esta: ¿Está su fe realmente puesta en Jesús, el Hijo de Dios, o en lo que usted espera lograr?

Ora: *Padre celestial, gracias por hacerme parte de tu familia. Te ruego que me ayudes a depender de Cristo en todo momento para salir vencedor ante el mundo. En su nombre oro, amén.*





LAS ARMAS ESPIRITUALES

“Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo, estar firmes”.

Efesios 6:13

¿Se ha dado cuenta de algo en este pasaje? Cuando el apóstol Pablo habla de la armadura de Dios, no la presenta como una opción sino como una necesidad. Ante la magnitud de la batalla espiritual, no hay lugar para la improvisación. Pablo dice: “tomad toda la armadura de Dios”. Es un llamado urgente a vivir preparados, a caminar cada día revestidos, conscientes de que la lucha es real.

Y hay un detalle importante: toda la armadura. No es lo que más nos gusta o lo que nos resulta más cómodo. Toda. Porque ningún cristiano puede darse el lujo de estar parcialmente cubierto. Ninguna área de la vida puede quedar expuesta. El día malo —como dice el texto— llegará. Y no siempre avisa. A veces llega en forma de tentación persistente. Otras veces como desánimo silencioso. En ocasiones como duda, presión, cansancio o incluso confusión espiritual.

Y no olvide el propósito: no está vestido para la foto del recuerdo, sino para salir a la batalla. “Habiendo acabado todo, estar firmes.” No se trata de llamar la atención, sino de no ceder. Tal vez no le toque enfrentar una gran batalla visible, pero mantenerse en su puesto, sin dar espacio al enemigo, ya es una gran victoria. Por eso, pregúntese hoy: ¿Está usted tomando cada día la armadura de Dios... o está intentando enfrentar la vida con sus propias fuerzas?

Ora: Bendito Dios, gracias por proveernos de las armas para la batalla. No permitas que seamos negligentes y dejemos de usarlas en el día malo. Te lo pido en Cristo, amén.



LA BATALLA POR TU CONFIANZA

“Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno”.

Efesios 6:16

Toda la armadura del cristiano es importante, pero estratégicamente, hay una que resulta decisiva en medio del combate: el escudo de la fe. Seguramente Pablo tenía en mente el escudo romano: grande, sólido, cubierto con materiales que podían apagar flechas encendidas. En formación, los soldados lo levantaban juntos, creando una barrera que detenía el ataque antes de que alcanzara el cuerpo.

Por eso dice: “sobre todo”. No porque las demás piezas no importen sino porque si este escudo falla, todo lo demás queda expuesto. El enemigo lo sabe, por eso, sus dardos no apuntan primero a tus circunstancias, apuntan a tu fe. No se trata solo de creer que eres salvo. Se trata de confiar en Dios: en su carácter, en sus promesas, en su Palabra.

Eso fue exactamente lo que ocurrió en Génesis 3. La serpiente no comenzó negando todo, comenzó sembrando duda: “¿Conque Dios os ha dicho...?” Cuando la confianza en Dios se debilita, todo lo demás comienza a tambalearse. La verdad pierde firmeza. La justicia se relativiza. La obediencia se negocia. Por eso, el llamado es claro: cuida tu fe. Protégela. Ejércela. No permitas que las dudas se acumulen sin ser confrontadas. No juegues con las promesas de Dios como si fueran opcionales. No trates sus palabras como si fueran negociables. Porque cada dardo que no es apagado busca encender algo dentro de ti.

Ora: Bendito Dios, ayúdame a mantener mi confianza en ti siempre firme. No permitas que ponga en tela de juicio tu bondad y tu cuidado por mí. Te lo pido en Cristo, amén.

LA PALABRA QUE GUARDA EL CORAZÓN

“En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti”.
Salmo 119:11

Cuando se habla de la guerra espiritual, es fácil desviarse sin darnos cuenta. Podemos llegar a enfocarnos tanto en el enemigo que terminamos olvidando a Aquel a quien decimos amar y servir. Tal vez le ha pasado. Escucha conversaciones sobre Satanás, sus estrategias, sus ataques y todo empieza a girar alrededor de él. Casi como si la vida cristiana fuera una constante reacción a lo que el enemigo hace.

Este pasaje nos devuelve al sentido último de la guerra espiritual. No se trata del enemigo sino de aprender a centrar nuestra vida en Dios. De que Él sea el motivo de nuestra existencia. De honrar su santidad con una vida de obediencia y rendición. ¿Y cómo se logra esto? Dios no nos dejó a la deriva. Nos ha dado su bendita Palabra.

La guerra espiritual no se gana aprendiendo conjuros ni repitiendo fórmulas contra el enemigo. Se gana al conocer la Palabra, al vivir en ella y al obedecerla. Es esa Palabra la espada del Espíritu, la que guarda nuestro corazón, la que nos mantiene firmes. Y Jesús mismo nos muestra el camino. En medio de la tentación, no hace demostraciones extraordinarias de su poder divino; responde con la Palabra. Pero no solo la cita: la honra, la vive y la guarda. Porque la batalla espiritual no se gana con un conocimiento detallado del enemigo sino con un corazón rendido a Dios.

Ora: *Bendito Dios, gracias por tu Palabra revelada. Ayúdame a confiar en tu sabiduría para ordenar mi vida total. En Cristo, amén.*

LA VOZ QUE DISCIERNE EL CORAZÓN

“Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos”.

Hebreos 4:12

¿Cómo lee usted su Biblia: como un libro que le informa o como una Palabra que le confronta? Porque hay muchas formas de escuchar a Dios. Y una de ellas —la más peligrosa— es escuchar con un corazón incrédulo. Piense en el pueblo de Israel. El autor de Hebreos recuerda a aquella generación en el desierto: escucharon la voz de Dios, vieron sus obras, y, sin embargo, endurecieron su corazón. No les faltó Palabra. Les faltó fe. Por eso dice que el mensaje que oyeron no les aprovechó. No porque fuera débil sino porque no fue recibido con fe.

Y entonces viene esta declaración impactante: “La palabra de Dios es viva y eficaz...” Es viva: no es un mensaje del pasado. Es eficaz: no falla en su propósito. Es penetrante: llega hasta lo más profundo del ser. Es discernidora: expone los pensamientos y las intenciones del corazón. Es decir, la Palabra no solo informa, revela. Revela si realmente confiamos en Dios. Revela si nuestra obediencia es genuina o solo aparente.

Porque la Palabra que viene de Dios no se queda en la superficie. Siempre llega al corazón y siempre revela lo que hay en él. Y cuánto necesitamos que esa Palabra descubra lo que realmente hay en nuestro interior. Que nos ayude a discernir la verdad del engaño. Porque solo así será de provecho: para nuestro crecimiento y para la verdadera batalla, la del corazón.

Ora: *Te rogamos, oh Dios, que nos permitas escuchar tu voz con obediencia. Abre nuestros corazones y llénalos de tu Palabra para que limpie todo lo imperfecto. Te lo pido en el nombre de Jesús, amén.*

CRISTO INTERCEDE POR LOS SUYOS

“Pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte”.
Lucas 22:32

¿Qué ocurriría si la firmeza del creyente descansara en la fuerza de su fe? Tal vez podríamos pensar en algún momento en que nos sentimos tan seguros, tan firmes... que incluso lo recordamos con cierto orgullo. Pero tengamos cuidado. Hay alguien que podría contar su propia historia y quizá no resultaría tan alentadora.

El caso de Pedro es bastante conocido. Con seguridad —y hasta con cierta arrogancia— afirmó su lealtad a Jesús, incluso por encima de los demás. Solo para verse después a sí mismo vencido y llorando amargamente por haberle fallado a su Señor. Fue una noche oscura, en la que Satanás parecía haber ganado la batalla. Pero aun antes de su caída, Jesús le dijo algo que también se aplica a nosotros: “Yo he rogado por ti...”

¿Se da cuenta? No le prometió que no caería, sino que estaría intercediendo por él. Porque la seguridad del creyente no descansa en la firmeza de su fe sino en la fidelidad de Cristo. Pedro iba a fallar. Pero no iba a ser destruido. ¿Por qué? Porque Cristo había orado por él. Y qué verdad tan consoladora: usted no se sostiene solo. Mientras usted lucha, Cristo intercede. Su fe puede debilitarse, pero no desaparecer, porque está sostenida por la oración de Cristo. Hoy, Cristo no ha dejado de interceder. Está delante del Padre, presentando a los suyos, sosteniendo su fe, guardando su vida.

Ora: Amado Padre, qué alentador es saber que tú escuchas la intercesión de tu Hijo por nosotros. Ayúdame a descansar en tu gracia y tu protección. Por el amor de Cristo, amén.

LA FUERZA DE LA ORACIÓN

“Orad sin cesar”.

1 Tesalonicenses 5:17

La vida cristiana puede llegar a ser abrumadora. Siempre hay algo por hacer. El apóstol Pablo lo sabía muy bien: hay ociosos que amonestar, desalentados a quienes animar, débiles que sostener, y nosotros mismos necesitamos crecer en paciencia. Y tal vez le ha pasado: se concentra tanto en la obra que comienza a olvidar al dueño de la obra. Se pierde la dependencia. Se enfría la comunión. Y, casi sin darse cuenta, empieza a vivir en piloto automático.

Y eso, lejos de ser inofensivo, es terreno fértil para el enemigo: una vida con el Espíritu apagado y un corazón que poco a poco se desgasta. Por eso este llamado, tan breve, es en realidad un encargo gigantesco: “Orad sin cesar.” Es decir: no deje de depender de Dios. No viva desconectado de su presencia. No sustituya la oración por rutina. No se conforme con fórmulas vacías, ni con oraciones repetidas sin corazón, ni con la idea de que usted es indispensable.

La obra es mucha, sí, pero no es suya. Y no solo cuidará de su obra, cuidará de usted en el proceso. Y cuando esto se entiende, algo cambia y se nota. ¿Se imagina a alguien que sirve con gozo constante? ¿Ha conocido a hermanos que, en lugar de quejas, tienen gratitud a flor de labios? Por eso, oremos sin cesar. Para que esa dependencia sea cada vez más visible en nosotros y transforme también nuestro entorno.

Ora: *Gracias, oh Dios, porque cuando estamos en comunión constante contigo, nuestra comprensión de la obra cambia. Y podemos también ser siervos de mayor utilidad. En Cristo, amén.*



PERSEVERAR HASTA EL FINAL

“Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante”.

Hebreos 12:1

Hay muchas personas a nuestro alrededor que están a punto de rendirse y de abandonar la carrera. La meta parece lejana y las fuerzas, insuficientes. Pero rendirse no es una opción. Dios mismo nos anima, rodeándonos de testigos: hombres y mujeres que corrieron antes que nosotros y terminaron la carrera.

Y en medio de ese llamado, hay algo muy práctico que usted puede hacer: “Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia.” Entendemos que el pecado estorba. Que nos frena, nos enreda, nos detiene. Pero... ¿y el peso? El peso no siempre es algo malo en sí mismo. Son aquellas cosas que, sin ser pecado, terminan distrayendo el corazón y debilitando nuestra comunión con Dios. Lo que consume su tiempo. Lo que llena su mente. Lo que ve, lo que escucha, las relaciones que cultiva, lo que alimenta su vida interior. Todo eso puede convertirse en un estorbo si no le ayuda a avanzar.

Por eso, aligere el paso. No intente correr cargando aquello que lo está frenando. Y, sobre todo, ponga su mirada en quien va al frente. No es solo un ejemplo. No es solo parte del equipo. Él es el autor y consumidor de la fe. Él ya corrió esta carrera y la corrió en condiciones mucho más difíciles. Y ahora, no solo le muestra el camino: camina con usted. Por eso, no se trata solo de resistir ni de correr con paciencia sino de hacerlo con la mirada fija en Cristo.

Ora: *Te pedimos, Señor, que nos ayudes a permanecer firmes en esta carrera. Ayúdanos a poner siempre nuestra mirada en tu Hijo Jesucristo, en cuyo nombre oramos. Amén.*



SI DIOS ES POR NOSOTROS

“Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?”
Romanos 8:31

El apóstol Pablo ha entrado en un terreno sublime. Está contemplando los planes eternos de Dios para su pueblo. Dios no está improvisando. Nada de esto es accidental. Lo que Él comenzó en la eternidad, al elegirnos en Cristo, lo llevará a su plenitud en la glorificación. Desde el principio hasta el final, todo está bajo su control.

Y entonces Pablo se detiene y lanza una pregunta que nace del asombro: “¿Qué, pues, diremos a esto?”. Como si dijera: ¿cómo respondemos ante una verdad tan grande? Si Dios está a nuestro favor, si somos destinatarios de sus promesas, entonces ningún enemigo puede frustrar sus propósitos. Piénselo bien. Él no escatimó a su propio Hijo. Nos ha justificado. Nos ha librado de la condenación. ¿Cree usted que después de todo eso nos va a abandonar en el camino? ¿Que se va a cansar de nosotros?

No es posible. Sí, vendrá la adversidad. El creyente no está exento de la tribulación. Habrá momentos de dolor, de lucha, incluso de pérdida. Pero hay una verdad que sostiene el corazón en medio de todo: nada nos puede separar del amor de Dios. Nada. Ni lo que enfrentamos hoy, ni lo que vendrá mañana, ni siquiera nuestra propia debilidad. Porque su amor no descansa en lo que nosotros hemos hecho, sino en lo que su Hijo ha hecho por nosotros. No depende de nuestra fidelidad sino de la eficacia de la obra de su Hijo.

Ora: *Te alabamos, Señor, porque tus propósitos son firmes y eternos para tu pueblo. Gracias por darnos la seguridad que tanto necesitamos al venir la adversidad. En Cristo, amén.*

PELEANDO LA BUENA BATALLA

“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”.

2 Timoteo 4:7

Qué hermoso sería llegar, como Pablo, al final de la vida con esa convicción. Saber que hemos peleado con honor. Que estuvimos del lado correcto. Que no hay pesar, ni cuentas pendientes. Es una buena batalla.

Y eso es importante recordarlo. Porque al mirar la vida de Pablo, uno podría pensar lo contrario. Escribe estas palabras desde la cárcel, después de innumerables pruebas, persecuciones, rechazos y momentos en los que su vida estuvo en peligro. Podría haberse quejado. Podría haber dicho: “¿Y así me pagas, Señor?”. Pero no lo hace. En lugar de amargura, hay paz. En lugar de reclamo, hay satisfacción. ¿Por qué? Porque entiende que su vida no fue en vano. Y aunque su carrera está por terminar, la obra continúa. Otros seguirán. Otros tomarán el relevo.

Y vale la pena preguntarnos: ¿Estamos nosotros en esa misma sintonía? ¿Estamos realmente en la batalla o solo observando desde la distancia? ¿Estamos dispuestos a involucrarnos o preferimos que otros peleen mientras nosotros miramos? Porque si la batalla es buena, no hay lugar para la indiferencia. No se trata de ser un gigante de la fe sino de estar donde Dios nos ha puesto, sirviendo, perseverando, guardando la fe. Para que un día, nosotros también podamos decir— no con orgullo, sino con gratitud: He peleado la buena batalla.

Ora: *Bendito seas, nuestro Dios, por hacernos parte de tus propósitos y tus planes. Te pedimos que nos des la constancia y la firmeza para ser elementos útiles en tu obra. En Cristo, amén.*

LA VICTORIA DECISIVA

“...ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos... Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos”.

Apocalipsis 12:11

“Ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos.” ¿No le parece una gran noticia? Ya no tiene lugar en el tribunal. Sus acusaciones ya no tienen validez. Es cierto, Satanás acusa día y noche y usted lo sabe mejor que nadie. Esa es su estrategia. Pero —recuerde bien esto— su caso ya fue resuelto.

El problema es que muchos no se han enterado o, peor aún, siguen creyendo sus mentiras. Aun muchos creyentes permiten que esa voz los atormente una y otra vez con la misma insistencia de siempre. Y entonces surge la pregunta: ¿cómo ocurrió esa victoria?

La Escritura nos lleva a ver algo más grande de lo que percibimos. Porque esta lucha no es solo personal. Hay un escenario mayor. “Hubo una gran batalla en el cielo...” Jesús mismo lo afirmó: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo.” No está hablando de algo futuro sino de algo que ya ocurrió. La caída del acusador no está pendiente. Está ligada a la obra de Cristo: a su vida perfecta, a su muerte en la cruz y a su resurrección victoriosa. Por eso, el veredicto ya fue dado. Usted no pelea para ver si gana. Usted enfrenta al enemigo porque ya ha sido vencido. Y usted ahora se une a quienes “le han vencido por medio de la sangre del Cordero”. Y porque Cristo ha vencido, la voz del acusador ya no tiene la última palabra.

Ora: *Nos alegramos, oh Señor, en ti. Con tu sangre no solo nos has redimido, sino dado la victoria sobre el enemigo. Permite que luchemos siempre con la certeza de la victoria. Amén.*

EL FIN DEL ENEMIGO

“Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre”.

Apocalipsis 20:10

Nos alegra, sin duda, la derrota final del enemigo. Llegará el día en que no habrá más tentación que resistir, ni más engaño que desenmascarar, ni más mal que lamentar. El enemigo que por tanto tiempo ha seducido, acusado y confundido será silenciado para siempre. No podrá volver a engañar, ni a tentar ni a destruir. Y qué descanso saber que hay un lugar del cual no podrá salir, donde enfrentará las consecuencias de su maldad.

Pero hay otra realidad que no nos deja celebrar sin sentir también un profundo dolor. Aún hay muchos que viven bajo su engaño. Algunos se oponen abiertamente al evangelio. Otros lo escuchan, pero lo toman como algo sin importancia. Y lo más triste es que muchos ni siquiera se dan cuenta de que están siguiendo el juego del enemigo. Y duele pensar que su destino será el mismo si permanecen en esa condición.

Por eso este no es solo un mensaje de juicio, es un llamado urgente. Hay un evangelio que escuchar y una gracia que recibir. Solo hay un camino para escapar de ese final: Jesucristo. En Él no solo encontramos perdón, sino rescate. No solo evitamos la condenación, sino que recibimos una vida nueva y un destino completamente distinto. Un destino de gloria. Por eso hoy, más que preguntarnos por el fin del enemigo, debemos contestar: ¿Ha sido usted librado de su engaño, o sigue caminando bajo su influencia?

Ora: *Mi buen Dios, te pido por aquellos que no han conocido la vida que tú nos das en tu Hijo. Te ruego que alumbres sus ojos para que reciban este regalo glorioso. En Cristo, oramos, amén.*

TRIUNFANTES EN CRISTO

“Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento”.

2 Corintios 2:14

Qué atractivo es el sabor de la victoria. En el fútbol americano, por ejemplo, los Patriotas de Nueva Inglaterra llegaron al Super Bowl de 2008 con una temporada perfecta. Invictos. Todo apuntaba a una coronación segura. Pero, de manera sorpresiva cayeron derrotados en el momento decisivo. Así son las victorias humanas: inciertas y frágiles.

Pero con los cristianos no ocurre así. “Siempre en triunfo” —dice Pablo— es su recorrido. No significa que todo sale como esperamos. Significa que nuestra historia está unida a una victoria que no puede revertirse. Es una iglesia que no será derrotada. Una iglesia contra la cual ni las puertas del Hades prevalecerán. Pero no es por nuestra fuerza, ni por alguna heroicidad espiritual. Nuestra victoria es en Cristo. Es en unión con Él que todo cambia. Aun aquello que parece pérdida Dios lo convierte en parte de su triunfo.

Por eso Pablo no dice simplemente que vencemos; dice que somos llevados en triunfo. No encabezamos la victoria. Somos conducidos por Dios en el triunfo de Cristo. Y esto nos guarda de un gran error: no convertir esta verdad en un mensaje de autoayuda. La vida cristiana incluye dolor, luchas, lágrimas. Pablo mismo lo sabía. Pero en medio de todo eso hay algo que no cambia: para Dios, somos grato olor de Cristo. Nuestra vida, aun en medio de la debilidad, manifiesta algo de su victoria.

Ora: *Gracias, decimos también nosotros, oh Dios, porque tu generosidad nos alcanza. Nos permites disfrutar de un triunfo glorioso que no es nuestro y te alabamos por esto. En Cristo, amén.*



EL REY VICTORIOSO

“Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES”.

Apocalipsis 19:16

Hace no mucho tiempo, por donde vivo, mucha gente estuvo pendiente de la llegada de una Miss Universo, originaria de esta tierra. Las calles estaban abarrotadas. Las cámaras no querían perderse detalle. La emoción era evidente. Y todo eso por un reinado que dura apenas un año.

Pero vendrá otro momento, mucho más sublime y verdaderamente universal. Un momento en el que nadie quedará indiferente. Donde toda rodilla se doblará y toda lengua confesará el señorío de Cristo. Apocalipsis nos lo presenta así: montado sobre un caballo, pero ya no en humildad como en su primera venida. No viene a ser juzgado, viene a juzgar. No viene a sufrir, viene a reinar. El que fue rechazado se manifiesta ahora como el Rey de reyes y Señor de señores.

Y esto no es solo una escena impresionante; es un consuelo profundo para su pueblo. Porque su venida tiene un propósito claro: viene por su iglesia. Viene por su esposa. Viene a consumir una relación que ya ha sido sellada, pero que aún espera su plenitud. Y esta vez no habrá obstáculos. No habrá interferencias. No habrá nada que afecte esa comunión. Viene desde el cielo y nada podrá hacerle frente. Por eso, mientras el mundo se emociona con coronas pasajeras, el creyente vive con la mirada puesta en un reino eterno. Porque nuestro Rey no será celebrado por un momento: será reconocido por siempre.

Ora: *Bendito seas, Dios nuestro, porque tu Hijo viene pronto. Y confiamos en que somos parte de ese pueblo redimido que es el motivo principal de su regreso. En su nombre oramos, amén.*



MIENTRAS LLEGA LA HORA FINAL

“Así que, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano”.

1 Corintios 15:58

¿Cuál es su reacción al escuchar las promesas futuras de Dios? Porque la esperanza cristiana no nos adormece, nos despierta. No es una almohada para descansar, es un impulso para perseverar. Lejos de hacernos pasivos, nos llama a vivir con más firmeza, con más constancia, con mayor entrega.

Este llamado de Pablo viene después de hablar de una de las verdades más gloriosas del evangelio: la resurrección. Para muchos en su tiempo —y también en el nuestro— esto resulta difícil de aceptar. Vivimos en una cultura que ve la muerte como el final absoluto. Sin memoria, sin futuro, sin esperanza. Pero el evangelio dice algo completamente distinto. La muerte, ese último enemigo, ha sido vencida. Cristo la enfrentó. Cristo la derrotó. Y así como Él resucitó, nosotros también resucitaremos.

Y eso significa que nuestra vida aquí tampoco es en vano. Por eso Pablo no dice: “esperen tranquilos”, dice: “estad firmes... constantes... creciendo.” No es un llamado a la inactividad sino a la perseverancia. No es para cruzarnos de brazos, sino para una entrega fiel a servir. Y esto es lo que sostiene al creyente en medio del cansancio, de la rutina, de los momentos en que parece que nada cambia: nada de lo que se hace en el Señor es en vano. Nada. Ni lo pequeño. Ni lo oculto. Ni lo que nadie reconoce. Todo será visto. Todo tendrá fruto. Todo será recompensado.

Ora: *Gracias, oh Dios, porque tu obra es completa y definitiva. Nos gozamos de saber que nuestro trabajo para ti, no pasa desapercibido. En el nombre de Cristo, amén.*

EL DÍA EN QUE TERMINÓ LA GUERRA

“Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron”.

Apocalipsis 21:4

Vaya lista. Aunque parece negativa, en realidad está llena de luz. Porque nos muestra, con claridad, todo aquello que un día ya no existirá. Todo lo que ha marcado nuestra vida aquí, todo lo que ha hecho el camino más difícil, habrá desaparecido. Para muchos, estas cosas han sido el pan de cada día: el dolor constante, la pérdida, el cansancio del cuerpo y del alma.

Tal vez usted pueda imaginarlo en algo concreto: una caja llena de medicinas que ya no será necesaria, un cuerpo limitado que ya no dolerá, una noche larga que ya no volverá. Ya no habrá nada de eso. Y no solo porque el mal habrá sido derrotado, sino porque Dios mismo hará algo profundamente personal: enjugará toda lágrima. Qué imagen. Es Dios restaurando y sanando. Todo aquello que fue consecuencia de la caída ya no tendrá lugar. Porque la guerra habrá terminado.

¿Hay lugar para usted en ese día? La Biblia dice que sí. Hay una invitación abierta y urgente: “Y el Espíritu y la Esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apo. 3:17). Es para todo aquel que reconoce su necesidad. Por eso, le pregunto, ¿vendrá usted a Cristo? ¿Recibirá su gracia o seguirá caminando sin ella? Porque ese día glorioso llegará y en él ya no habrá guerra. Pero hoy todavía hay una invitación.

Ora: *Vengo delante de ti, Oh Cristo, para entregarte mi vida. Espero con gozo el día en que me reuniré contigo, en la casa de nuestro Padre. Amén.*



